

Francisco Ferrer Guardia

Me propongo condensar en el menor espacio posible la significación de Francisco Ferrer, para honrar con ella estas páginas en el segundo aniversario del fin trágico de aquel noble precursor.

A ello me determinan el carácter progresivo de RENOVACIÓN y, dados mis antecedentes, la parte que en ella me asignaron los buenos costarricenses que crearon esta revista.

Lo que Ferrer tuvo de común con todo el mundo, y de que muchos biógrafos se ocupan preferentemente aunque desconozcan lo principal y substancial del biografiado, poco interesará á lectores ávidos de verdad y de originalidad. Por otra parte, los elogios producto del atavismo fetichista é idolátrico, contrario á las ideas de Ferrer, él mismo los prohibió en su testamento, y no había yo de contrariar su voluntad claramente manifestada. Prescindo, pues, de lo inútil y nocivo, y paso á exponer mi juicio y mis impresiones personales.

Conocí á Ferrer en París, á donde me llevó el extrañamiento de mi país, después de un año de prisión en Montjuich, en las Prisiones Militares y en la Cárcel de Barcelona, impuesto á casi todos cuantos injustamente fueron presos y no procesados con pretexto del tristemente célebre proceso del Castillo Maldito en 1896.

Allí me prestó su protección, facilitándome colocación para ganarme la vida con mi trabajo.

Vuelto á mi hogar, y hallándome un día trabajando en la imprenta de la Casa Provincial de Caridad de Barcelona, se me presentó Ferrer, y me citó para una entrevista aquella misma noche. Acudí á ella, y me habló del proyecto de una escuela racionalista que pensaba fundar, en oposición á la escuela religiosa predominante y aun á la escuela laica que patrocina la democracia, pidiéndome colaboración como traductor para la biblioteca que, como auxiliar y complemento de la escuela había de crear también.

Parecióme el proyecto demasiado grande y de ningún modo viable en el ambiente clerical y burgués de España, y así se lo manifesté, no decidiéndome, por tanto, á aceptar la proposición que me hacía, temiendo perder una colocación positiva y necesaria para el sustento de mi familia por otra ventajosa pero de dudosa seguridad, y así se lo manifesté francamente.

Me miró con aquella sonrisa benévola que iluminaba su simpático rostro; me habló de la necesidad de emancipar á la infancia del error tradicional para formar una humanidad progresiva, actualmente estacionada en el privilegio y la servidumbre; me aseguró que para realizar su proyecto contaba con recursos y energía suficientes, y terminó con estas proféticas palabras:—¿Qué puede suceder? Que vengan un día unas turbas fanáticas capitaneadas por curas que saqueen é incendien mi escuela; que me persigan y me echen á presidio ó que me fusilen; el compromiso que contraiga con usted se cumplirá siempre.

Me decidí, y empecé inmediatamente mi trabajo, que ha consistido en la confección del *Boletín de la Escuela Moderna* y en la traducción de las obras que constituyen el catálogo de la biblioteca PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA, empezando por las *Aventuras de Nono*, de Juan Grave, en 1901, hasta terminar por *El Hombre y la Tierra*, de Eliseo Reclus, en 1909.

En todo ese tiempo gocé de su amistosa confianza, lo que me permitió conocerle y admirarle, y hoy, evocando su doloroso recuerdo, quiero contribuir á su enaltecimiento, presentándole como modelo digno de imitación.

Fué Ferrer el hombre equilibrado que no quiso pasar por el mundo con esa general pasividad que convierte á los individuos en pasta blanda que se adapta mansamente á los accidentes y á las irregularidades del medio, haciéndoles buenos, malos ó neutros, de modo demérito é irresponsable.